

Muerta María Teresa en 29 de noviembre de 1780, José II, libre de la autoridad moderadora de su madre, abandonóse á los impulsos de sus codicias y de sus ensueños. En 1781, entendiéndose con la zarina sobre la idea de una desmembración del imperio otomano, y para prevenir la oposición del gabinete de Versalles y asegurarse su apoyo contra Prusia, hizo un nuevo viaje á Francia, pasó una semana en París y en Triánón, desde el 29 de julio al 5 de agosto de 1781, y dejó entender que proyectaba casarse con madama Isabel, hermana del rey; pero no logró hacer salir de su reserva á Luis XVI ni á Vergennes.

Catalina, por su parte, envió á Versalles al gran duque heredero Pablo, de quien se decía que simpatizaba con los franceses, y á su esposa. El conde y la condesa del Norte, que tal era el título adoptado por ellos en su incógnito, fueron amablemente recibidos y la corte, en los meses de mayo y junio de 1782, multiplicó las fiestas en su honor; pero no pudieron llevarse consigo á San Petersburgo la carta blanca que habían venido á buscar.

Mas no por esto dejó Catalina de escribir á José II la famosa carta de 2 de Septiembre de 1782 en la que exponía su plan de reparto del imperio otomano: Rusia se quedaría con la Crimea, con el Kubán, con el litoral entre el Dniester y el Bug y con una ó dos islas del archipiélago; con la Moldavia, la Valaquia y la Besarabia se constituiría un Estado nuevo; y Austria tomaría la Serbia, la Bosnia y la Herzegovina y obligaría á Venecia á cederle la Istria y la Dalmacia, á cambio de la Morea, de Chipre y de Candía. Si los turcos eran expulsados de Constantinopla, se restablecería el imperio bizantino en favor del gran duque Constantino, nieto menor de la emperatriz, el cual renunciaría á todos sus derechos á la sucesión de Rusia. La zarina, sin perder un momento, envió tropas á Crimea para restablecer allí á su protegido el Khan Sha-In-Gherai, expulsado de aquel territorio por revueltas que según ella decía, habían sido fomentadas por los turcos; y en 1783 hizo ocupar militarmente la Crimea, el Kubán y la isla de Tamán é invitó al emperador á que se procurase por sí mismo algún engrandecimiento.

José II, á quien la situación de sus Estados obligaba á proceder con más prudencia, quiso asegurarse el apoyo de Francia. En 15 de abril de 1783, Mercy había hablado con Vergennes de la desmembración del imperio otomano como de una «tentación» á la que Rusia no podría resistir, añadiendo que habría puesto para todo el mundo en el reparto. Vergennes respondió, dando un suspiro, que preferiría morir antes que ver tal cosa; y habiéndole Mercy replicado que «el Egipto sería una porción muy conveniente para Francia,» él contestó que Francia no tenía necesidad de conquistas. Volvió á la carga el emisario austriaco en 9 de junio, declarando que el emperador pediría una cesión de te-

t. XII de las *Œuvres de l'Impératrice Catherine II. Recueil des Instructions* (vol. Rusia, Prusia, Austria). *Joseph II und Katharina von Russland; Ihr Briefwechsel*, pub. por Arneht. *María Theresia und Joseph II; Ihre Correspondenz, sammt Briefen Joseph's an seinen Bruder Leopold* (1761-1780), pub. por el mismo. Viena 186-768, 3 vol.

OBROS: Rambaud, *Histoire de Russie*, París, 1878. Sarel, *La question d'Orient au XVIII^e siècle*, París, 1889, y *L'Europe et la Révolution française*, t. I, II.ª ed., París, 1908.

ritorio equivalente al que tomase Rusia, á lo que Vergennes objetó que el rey de Prusia, á su vez, reclamaría una compensación. Mercy insinuó que el único medio de mantener el equilibrio europeo sería repartir el imperio otomano entre varias potencias y que «la parte de Francia podría ser muy buena;» á lo que Vergennes contestó con un proyecto de acuerdo entre Francia, Austria y Prusia para influir sobre Rusia ó proceder contra ella y ofreció al Austria sus servicios cerca del gabinete de Berlín. En 1.º de septiembre de 1783, Vergennes hizo presentar en Viena una memoria, en la que el rey se declaraba francamente contrario al sistema de las compensaciones:

«La consideración de que el interés de la casa de Austria le aconseja extenderse en proporción de lo que Rusia pueda adquirir, sería un ejemplo funesto cuyo fatal error no bastarían quizás á expiar doscientos años de guerra. Si el temor de que la potencia rusa gravite algún día sobre la potencia austriaca, es un título suficiente para lograr compensaciones á costa de un inocente ¿no debe preverse que otras potencias, temiendo con la misma razón que la potencia austriaca gravite á su vez sobre ellas, se crearán autorizadas, con el ejemplo de las dos cortes imperiales, para procurarse aumentos y compensaciones á costa de cualquiera? ¿Adónde iría á parar Europa si algún día ¡Dios no lo consienta! se acreditase ese abominable sistema? Todos los vínculos políticos se romperían; la seguridad pública quedaría destruída y Europa pronto no sería más que un teatro de disturbios y de confusión.»

Y terminaba anunciando que iba á ponerse de acuerdo con el rey de Prusia para prevenir las desgracias que amenazarían á Europa en caso de una guerra con Turquía, é invitando al emperador á compartir con él una misión tan desinteresada. Pero Vergennes no encontró eco en Berlín; Federico II quizás esperaba que una guerra de Austria contra Turquía le permitiría, como en 1772, indemnizarse en Polonia y anexionarse Thorn y Dantzig; pero de todos modos excitaba á los turcos á la guerra. Vergennes, ante esa decepción, moderó su lenguaje y para apaciguar al emperador y á la reina, explicó que en tan graves circunstancias «era muy natural haber querido conocer la opinión del rey de Prusia.»

Rusia declaró que se contentaría con lo que había conquistado y Vergennes apeló á toda su influencia en Constantinopla para decidir á los turcos á que cediesen. El conde de Saint-Priest, embajador de Francia cerca del sultán, hizo firmar, en 8 de enero de 1774, el convenio de Constantinopla que adjudicaba á los rusos la Crimea, el Kubán y la isla de Tamán.

De manera que Francia abandonaba á Turquía, como antes había abandonado á Polonia y como, tres años después, abandonará á Holanda. La victoria por ella conseguida sobre Inglaterra costaba cara; pero Vergennes hallaba razones para consolarse: Austria, inquieta por las disposiciones de la corte de Versalles, no se había movido, y el rey de Prusia no podría pretender ninguna compensación; el equilibrio de la Europa central subsistía. «A lo menos, decía el ministro, el emperador no ha obtenido nada, y la satisfacción de la corte de San Petersburgo que, en verdad, pesa extraordinariamente sobre los turcos, no ocasiona ningún

perjuicio á Francia.» Esto era poner á mal tiempo buena cara, porque en realidad la ocupación de la Crimea por Rusia, cliente comercial de Inglaterra, era perjudicial para los armadores franceses que hasta entonces habían hecho casi todo el comercio del mar del Norte.

VIII. — Fin de Vergennes (1784-1787) (1).

La ambición de Austria fué causa de nuevas preocupaciones para Vergennes. José II, burlado en sus

ordenado un artículo de la paz de Munster á fin de arruinar á Amberes, la rival de Amsterdam. Holanda se puso sobre las armas y toda Europa se conmovió. Federico II, alarmado de que el poder imperial realizara un progreso en los Países Bajos, envió á Francia á su hermano, el príncipe Enrique, que fué brillantemente recibido en la corte y en la ciudad. Mirabeau, en sus *Doutes sur la liberté de l'Escaut* (*Dudas sobre la libertad del Escalda*) hizo ver el peligro de un Austria convertida en gran potencia comercial y afirmó que era



Facsimile de un grabado hecho en 1785 por María Boizot

ambiciones en Oriente, merced al convenio firmado en Constantinopla entre Rusia y Turquía, buscaba en los Países Bajos una compensación y reclamó de los holandeses la reapertura del Escalda, cuyo cierre había

un deber de Francia defender á los Países Bajos, cuya heroica historia admiraba:

«Aconsejo una guerra pronta y vigorosa, para conservar una república cuyos habitantes han formado el suelo que ocupan, las tierras que cultivan, los ríos que las riegan; habitantes industriuosos, honrados, pacíficos, valientes que han alcanzado el bienestar y la libertad que se les envidia merced á una continuidad de esfuerzos de la que no ofrece ningún otro ejemplo la historia de los hombres, merced á ochenta años de victorias en todas partes del mundo.»

Vergennes se vió muy perplejo. La reina apoyaba con todas sus fuerzas al emperador y refiérese que un

(1) FUENTES: Conde de Mirabeau, *Histoire secrète de la Cour de Berlin*, s. l. 1789, 2 vol. Id., *La Monarchie prusienne sous Frédéric le Grand*, Londres, 1788, 8 vol. Id., *Aux Bataves, sur le Stathoudérat*, París, 1788. *Mémoires sur Mirabeau et son époque*, París, 1824, 4 vol., t. IV. *Correspondance diplomatique du baron de Staël Holstein, ambassadeur de Suède en France* (1783-1799), pub. por Leouzon Le Duc, París, 1881.

OBROS: De Flassan (t. VII), Tratchewsky, de Nolhac (*La reine Marie Antoinette*), ya citados. Block, *Geschiedenis van het Nederlandsche volk*, t. VI, Groningue, 1904. Sorel, *Vergennes et sa politique* («Revue historique», t. XIV, 1881). Magnette, *Joseph II et la liberté de l'Escaut*, Bruselas, 1896. De La Rochetierie, *Marie Antoinette et le différend de Joseph II avec l'Hollande* («Revue des Quest. hist.», 1893). Coquelle, *L'Alliance franco-hollandaise contre l'Angleterre* (1735-1788), París, 1902. Welschinger, *La Mission secrète de Mirabeau à Berlin* (1786-1787), París, 1890. Segur (conde de), *Le Maréchal de Ségur* (1724-1801), París, 1895. Pingaud, *La France en Orient sous Louis XVI*;

Choiseul-Gouffier, París, 1887. Wolf (G.), *Österreich und Preussen* (1780-1790), Viena, 1880. Ranke, *Die Deutschen Mächte und der Fürstenbund*, Leipzig, 1871-72, 2 vol. Ermansdortfer, *Aus der Zeiten des Deutschen Fürstenbundes*, Heidelberg, 1895. Wittichen, *Preussen und England in der europäischen Politik*, 1785-1788 («Heidelberge Abhandlungen zur mittleren und neueren Geschichte»).

día dijo al ministro: «En fin, caballero, pensad que el emperador es mi hermano;» y que aquél le respondió: «Señora, me acordaré siempre de ello, pero pensaré sobre todo que el Delfín es vuestro hijo.» No podía abandonar la causa holandesa sin arruinar el crédito de Francia en Europa, pero una guerra general le daba miedo, sabiendo, como sabía, que no podía contar con Prusia, ni con España, ni con los antiguos aliados tradicionales, Polonia desmembrada, Turquía decrepita y Suecia «necesitada». Y la guerra, sin embargo, pareció inevitable después que los holandeses, de 8 de octubre de 1784 hubieron disparado contra un bergantín mercante con pabellón austriaco que bajaba por el Escalda. El emperador anunció que iba á tomarse la justicia por su mano con un ejército de 80.000 hombres y Holanda, con quien Francia negociaba hacía tiempo, intimó al gabinete de Versalles que adoptase una resolución; y como en aquel momento Inglaterra ofrecía á los holandeses un tratado de comercio y de ayuda contra el emperador, Vergennes se decidió. El día 20 de noviembre salió de Versalles una nota, entretenida cinco días por la oposición de la reina, en la que Luis XVI exigía al emperador que renunciase á la apertura del Escalda y le ofrecía su mediación «para contribuir á sofocar, en un principio, el incendio de una guerra cuyas consecuencias podían ser incalculables». El mismo día en que se firmó aquella nota, el emperador, que sabía que no tendría aliados, pues Rusia le había dado á entender que sólo le apoyaría «con despachos», hacía decir al gabinete de Versalles que entraría en tratos con Holanda, siempre y cuando se le indemnizara de los derechos que creía tener sobre el Maestrich y que había reivindicado desde los comienzos del conflicto. Durante mucho tiempo se regateó sobre la cuantía y al fin se convino que sería de diez millones de florines, de los cuales pagaría Francia cuatro y medio. El día 8 de noviembre de 1785 firmóse, por mediación de Francia, el tratado de Fontainebleau entre el emperador y Holanda, y dos días después ésta y Francia firmaban un tratado, por virtud del que se garantizaban su estado territorial. Vergennes, á quien el partido imperial acusaba de doblez, había procurado sinceramente evitar un gran conflicto y lo había logrado.

Otro conflicto habíase anunciado en el curso de las negociaciones sobre el Escalda. José II había hablado de una permuta de sus posesiones de los Países Bajos por la Baviera, habíase puesto de acuerdo con el Elector Palatino, Carlos Teodoro, duque de Baviera, que no tenía hijos legítimos, y pensaba obtener el asentimiento de Carlos II, duque de Dos Puentes, y de su hermano Maximiliano, herederos de Carlos Teodoro. Mercy-Argenteau sometió el proyecto de permuta al gabinete de Versalles en 30 de noviembre de 1784; con aquello habíase resuelto, en sentir del emperador, la cuestión del Escalda, puesto que ya no habría tenido interés alguno en la apertura del río. Mercy dió á entender que Francia, en premio de sus buenos servicios, recibiría el Luxemburgo y el Namurois, disgregados de los Países Bajos austriacos; Vergennes, tentado por tal oferta, aceptó el principio de la permuta, pero con nuevas reservas. El Consejo celebrado en 1.º de diciembre de 1784, acordó que S. M. «no ve en ello, á primera

vista, nada que parezca lesionar sus intereses directos; pero considerando que este asunto interesa inmediatamente al imperio y, por ende, á todos sus miembros, S. M. pregunta si el emperador tiene indicios y aun seguridades de que el cuerpo germánico se prestará á ello y de que el rey de Prusia no opondrá ningún obstáculo.» La corte de Viena hubiera querido que Francia prescindiese de las conveniencias del rey de Prusia y trabajase para hacer aceptar la permuta al duque de Dos Puentes y al príncipe Maximiliano, y la reina, en una conversación tenida á fines de diciembre de 1784, trató de lograr la adhesión del rey y de Vergennes; pero éste, vuelto á su principio de no admitir ningún engrandecimiento territorial, persistía en querer asegurarse antes de ir más adelante, de «si el rey de Prusia era hostil á la permuta.» La reina le armó «una gritería» (la palabra es de ella) y Vergennes ofreció su dimisión, que el rey no aceptó. En enero de 1785, el duque de Dos Puentes, seguro del apoyo de Prusia y de la benevolencia de Francia, negóse á consentir en la permuta, y así quedó el asunto.

La perpetua ambición del emperador decidió á Federico II á agrupar contra él á los príncipes alemanes y en 23 de julio de 1785 firmó con el elector de Sajonia y con el de Hanóver, Jorge III, rey de Inglaterra, una confederación, el Fürstenbund, para el mantenimiento de las leyes del Imperio y de los tratados y derechos de los Estados, confederación á la que se adhirieron los duques de Sajonia Weimar, de Gotha, de Dos Puentes, de Mecklenburgo, la casa de Hesse, el margrave de Baden, el elector de Maguncia, etc. De este modo Prusia había conseguido reunir en torno suyo á una gran parte de Alemania, y aquel Estado, convertido en la primera potencia militar de Europa, se encargaba del papel de protector de las «libertades germánicas» que hasta entonces se habían adjudicado príncipes extranjeros. Habiendo circulado el rumor de que un artículo secreto del tratado ponía las fuerzas aliadas bajo el mando del rey de Prusia, Rusia se alarmó y la zarina hizo decir á Federico que «los tratados cuyo contenido era desconocido engendraban inquietudes;» pero como entonces Catalina tenía puestas sus miras en Turquía, limitóse á recriminar. Francia, que, por un momento, había intentado demostrar los inconvenientes y la inutilidad de la Liga, acabó por invitar al duque de Dos Puentes á que entrase en ella. Federico II apresuróse á tranquilizar con atenciones á Francia y á Rusia; ya no sentía agravios contra la política francesa desde que la veía ocupada en contener la ambición austriaca.

Las relaciones con Inglaterra eran pacíficas. Un ministro de veinticuatro años, el hijo de lord Chatham, Guillermo Pitt, estimaba la paz necesaria para disminuir la deuda inglesa, que era enorme, reorganizar las fuerzas navales y desarrollar el comercio y la industria; mas no por esto entendía que el recogimiento de Inglaterra fuese una abdicación. Pitt abrió á su país los mercados de Europa mediante una serie de convenios; firmó con Francia el tratado de 26 de septiembre de 1786, que había de permitir, como veremos (1), á los productos manufacturados ingleses conquistar el mercado francés;

(1) Véase más adelante, lib. III, cap. V.

trató de impedir que España firmase con Francia un tratado de comercio, que, no obstante, fué firmado en junio de 1786; estrechó la alianza de Inglaterra y Portugal y se sirvió del irlandés Juan Acton, favorito de la reina María Carolina, para sentar su influencia en la corte del Borbón que reinaba en Nápoles, Fernando IV.

Pero en Holanda, Inglaterra y Francia eran rivales. La lucha, hacía tanto tiempo comenzada (1), entre los partidarios del estatuderato y los de las libertades provinciales y municipales, duraba todavía; y como el estatúder, Guillermo V, era nieto de Jorge II, los orangistas contaban con el gobierno inglés para transformar el estatuderato en monarquía hereditaria, al paso que sus adversarios, «los republicanos» y los «patriotas», tenían el apoyo de Francia. Los republicanos se reclutaban en la gran burguesía comercial, que dominaba en los Estados generales, y detentaban los cargos municipales y las principales funciones; los patriotas eran un partido más avanzado de pequeños burgueses.

Los republicanos y los patriotas se propusieron rebajar la importancia del estatuderato, y entre ellos y Guillermo V surgió un conflicto á propósito del derecho que tenía el estatúder de nombrar los magistrados de las ciudades. Los Estados de la provincia de Holanda le suspendieron de su función de capitán general en septiembre de 1785, en el momento en que se negociaba el tratado de Fontainebleau. El embajador de Francia en La Haya, de Verac, prometió á los patriotas el apoyo de su gobierno, y varios oficiales franceses se trasladaron á Holanda, en donde formaron una legión bátava. Pero el estatúder contaba con Inglaterra y con Prusia, pues estaba casado con una sobrina de Federico II y era cuñado de Federico Guillermo II, que sucedió al Gran Federico en 1786. Vergennes, temeroso del posible conflicto, negoció con Prusia un arreglo entre el estatúder y los Estados de Holanda; pero Guillermo V, en diciembre de 1778, negóse á aceptar el compromiso sobre el cual se habían puesto de acuerdo Francia y Prusia, y Vergennes, en los últimos meses de su vida, tuvo la preocupación del peligro de una crisis holandesa.

Por otra parte, asistía á la decadencia del poderío francés en la Europa oriental. Catalina II no perdonaba al gabinete de Versalles que hubiese estorbado sus proyectos contra los turcos y Suecia y se negaba á pagar á los comerciantes franceses las indemnizaciones á que tenían derecho por las pérdidas sufridas durante la última guerra de Oriente. «Parece que se complacen en molestarnos,» escribía Vergennes, quien, cuando nombró un nuevo embajador en San Petersburgo, le ordenó que se limitara á tener con la emperatriz «simples atenciones.» Pero la preocupación de los intereses económicos franceses y la opinión de que podía defender el equilibrio en Occidente á costa de algunos sacrificios en Oriente, le movieron á entrar en negociaciones y á aproximarse á los austro-rusos.

El agente de esta nueva política fué un hombre de mucho ingenio y talento, el conde Felipe de Segur, cuyas adulaciones agradaron á la emperatriz y que llegó á ser el familiar del palacio imperial. El gobierno ruso,

que tenía gran interés en que la diplomacia francesa no le estorbara, concedió á Francia, en 11 de enero de 1787, un tratado de comercio, que abrió á los vinos y á los jabones franceses el mercado ruso, facilitó las relaciones de Marsella con los puertos del mar Negro y otorgó á los comerciantes de Francia las mismas ventajas que á los de Inglaterra. Segur, en un viaje que hizo por el lago Ilmen con la emperatriz, se complació en redactar aquel convenio desagradable para Inglaterra con un tintero y una pluma que pidió prestados á su colega, el embajador inglés. A cambio de aquellas concesiones, la diplomacia francesa renunciaba á sus tradiciones, y Segur, gran señor filósofo, molesto por las bromas de los rusos sobre la protección que Francia dispensaba á la «barbarie turca,» prometió que su gobierno impediría á los otomanos comenzar la guerra. En Constantinopla, el embajador de Francia, Choiseul-Gouffier, que era un filántropo y un filheleno, preparaba á los turcos para toda clase de concesiones, hacía ir allí á una misión militar que reorganizara aquel ejército, pero rechazaba sus proposiciones de alianza y secundaba al embajador ruso Bulgakof. De aquí que Turquía negase al comercio francés las concesiones que hacía á los rusos y anulase los efectos de un convenio por el que los beys de Egipto abrían á los franceses el mar Rojo.

Vergennes murió en 13 de febrero de 1787. El acto más importante de su ministerio había sido la guerra con los ingleses que fué para Francia, después de la triste guerra de Siete Años una reparación de honor con algunos provechos apreciables. En aquella guerra, con los viejos sentimientos hereditarios de odio á Inglaterra habíanse mezclado otros sentimientos nuevos, inspirados en el espíritu de la época. En el continente, Vergennes, sin romper jamás con Austria la contrariedad en todas partes, contribuyendo á impedir que se apoderase de Baviera, con lo que habría asegurado su dominación sobre la Alemania del Sur y sido dueña de los caminos de Italia, y que abriese el Escalda y fundase con ello entre Francia y Holanda un poderío comercial rival del de los dos Estados cuya antigua alianza se renovó en aquella ocasión. En su política con respecto al Austria fué de acuerdo con Prusia. En Oriente, quiso impedir una nueva desmembración de Polonia y la destrucción de Turquía: en cuanto á Polonia, mantúvose el *statu quo*; pero respecto de Turquía, Francia no pudo evitar que los rusos continuaran sus proyectos en detrimento de los turcos.

Vergennes fué un negociador de tratados de comercio, habiéndolos firmado con Inglaterra, Holanda, los Estados Unidos, España y Rusia. La política económica convenía á aquel hombre pacífico que no quería conquistas y se dedicaba á evitar las guerras. Para ser justos con él hay que tener en cuenta los grandes cambios ocurridos en el mundo desde que Inglaterra había conquistado el imperio de los mares, Prusia nacido, la colosal Rusia comenzado á intervenir en los asuntos de Europa, Holanda descendido al estado de potencia secundaria, Polonia esperaba el golpe de gracia y Turquía tenía harto trabajo con defenderse á sí misma. Vergennes hizo, al parecer, todo cuanto le permitía hacer el estado de Francia y de Europa; su gran mérito,

(1) Véase *Historia de Francia*, VII, 2, pág. 267.

fué haber visto lo posible y seguido, en medio de tantas dificultades, una política muy prudente y al mismo tiempo muy honrada. Indignábase ver que en la política de Prusia, Austria y Rusia respecto de Turquía, de Polonia y de Suecia prevalecía lo que él llamaba «un monstruoso sistema, destructor de la seguridad pública» y que había de convertir Europa en «un teatro de disturbios y de confusión.» No quiso para Francia ningún engrandecimiento que hubiera debido comprarse mediante compromisos con las ambiciones austríacas, ó prusianas ó rusas. Felicitaba á Luis XVI porque era un pacífico, un «rey ciudadano,» como dijo un día; porque Vergennes estaba penetrado del espíritu del siglo y era algo discípulo de los filósofos.

IX. — *El ministerio de Montmorín (1787-1789)* (1)

A Vergennes sucedió Montmorín, que había representado á Francia en Tréveris y en Madrid y que era hombre de claro talento, de recto criterio y laborioso, pero tímido, por lo que permitió á la reina y á los embajadores que mezclasen sus combinaciones con las suyas propias. El miserable estado de la hacienda le estorbó aún más que á Vergennes, quien era conocido de Europa, en donde se juzgaba á Francia incapaz de intervenir en los asuntos de otro modo que por medio de consejos no seguidos de efectos.

En Holanda, Inglaterra excitaba al estatúder á la resistencia y las disposiciones de Prusia alentaban á Guillermo V. Federico Guillermo II no sentía el menor afecto por Francia y expulsó de Berlín á los artistas, á los sabios y á los administradores que allí había llevado Federico II; la corte prusiana tenía á gala no hablar más que alemán y despreciar las costumbres de Versalles; y Hertzberg, el principal ministro prusiano, opinaba que Prusia podría, con la alianza de Inglaterra, representar un gran papel en Europa y quería destruir la influencia francesa en Holanda y Alemania. De aquí que Prusia, que hasta entonces habíase mostrado conciliadora en los asuntos de Holanda, aprovechase la primera ocasión para cambiar de conducta.

Habiendo los comisarios de los Estados de Holanda

(1) FUENTES: *Correspondance de lord Auckland*, Londres, 1861-1862, 4 vol. Mirabeau, *Aux Bataves sur le Stathouderat*, París, 1788, *Correspondenz Josephs II mit seinem Minister in den osterreichischen Niederlanden Trautmansdorf*, publicado por Schlitter, Viena. D'Arneht, *Joseph II und Katharina v. Rusland*, ya citado.

OBRAS: De Flassan (t. VII), Geffroy (*Gustave III*), Coquelle, Tratchewsky, Pingaud (*Choiseul-Gouffier*), Welschinger, Woff, Sorel (*L'Europe et la Révolution française*), conde de Segur (*Le maréchal de Segur*), ya citados. Stanhope, *Life of W. Pitt*, traducción Guyot, París, 1839, 3 vol. De Sybel, *Histoire de l'Europe pendant la Révolution française*, trad. Bosquet, París, 1869-1876, 3 vol. De Witt, *Une invasion prussienne de l'Hollande en 1787*, París, 1886. Masson (Federico), *Le département des Affaires étrangères pendant la Révolution (1787-1804)*, París, 1877. Barrol Montferrat, *Dix ans de paix armée entre la France et l'Angleterre (1783-1793)*, París, 1893. Pingaud (L.), *Les Français en Russie et les Russes en France*, París, 1886. Flammermont, *Le second ministère de Necker* («Rev. his.», t. LVI). Hauser, *Deutsche Geschichte vom Tode Friedrichs des Grossen bis zur Gründung des Deutschen Bundes*, 1858-1860, 4 vol. Zinkeisen, *Geschichte des Osmanischen Reiches*, Gotha, 1859, t. V. Russel, *The life and times of Ch. Fox*, 1886. Salmón, *La politique extérieure de Pitt* («English his. Review», 1896).

obligado, en 28 de junio de 1787, á volverse atrás á la princesa Guillermina, esposa del estatúder y hermana de Federico Guillermo II, que se dirigía á La Haya para provocar una manifestación orangista, Federico Guillermo quejóse de ello como «de una afrenta personal,» y exigió una reparación, concentrando veinte mil hombres en Wesel. También los ingleses se prepararon para intervenir en favor del estatúder y su embajador pidió á Montmorín, en 4 de julio, explicaciones sobre sus compromisos con los Patriotas. Pitt hizo armar en Portsmouth seis navíos de línea, si bien declarando que su intención no era de guerra y que deseaba un arreglo. Montmorín bordeó entre dos escollos como pudo, y en agosto prometió á los Patriotas que les ayudaría «en caso de agresión extranjera,» pero, engañado por la esperanza de un arreglo, no hizo ningún preparativo y llamó al embajador de Francia en La Haya, que se había comprometido demasiado por su acción contra los orangistas. Además convino con Pitt en limitar á seis buques los armamentos recíprocos de Francia y de la Gran Bretaña, y para dar á los prusianos una prueba de sus sentimientos pacíficos no acumuló tropas en las fronteras de los Países Bajos. Federico Guillermo quedó convencido de que Francia no se atrevería á arrostrar á la vez una guerra marítima y una guerra continental, en el momento en que parecía próxima á la bancarrota.

Montmorín había enviado á Berlín á un agente encargado de proponer una mediación franco prusiana, pero antes de que aquél llegara á su destino, el ministro prusiano en La Haya Thulemeyer, había presentado un ultimátum á los Estados generales y el ejército prusiano había penetrado, en 13 de septiembre, en las Provincias Unidas. La aristocracia republicana abandonó á los Patriotas; las ciudades abrieron sus puertas, habiéndose resistido sólo Amsterdam algún tiempo, y el estatúder fué reintegrado en sus prerrogativas y gobernó como dueño absoluto bajo la protección del ejército prusiano y de la escuadra inglesa.

Francia sintió profundamente la afrenta y á los extranjeros sorprendióles que un gran Estado pudiera adquirir y quebrantar el compromiso de ayudar á sus aliados. «Francia, decía Hertzberg, ha perdido, con la alianza holandesa, el resto de su prestigio en Europa;» y José II exclamaba regocijado: «Francia acaba de hundirse; dudo de que vuelva á levantarse.»

El restablecimiento del estatúder modificó el equilibrio de las fuerzas en el sistema político de la Europa occidental. El día 15 de abril de 1788, los ingleses y los holandeses en La Haya y los prusianos y holandeses en Berlín firmaron tratados de alianza defensiva en los cuales las partes contratantes determinaban los auxilios que se prestarían en caso de guerra marítima ó continental. Además, Inglaterra y Prusia se obligaron, por el tratado de Berlín, de 1788, á mantener la constitución de la República en las Provincias Unidas tal como éstas la habían establecido.

Prusia intentó hacer extensiva la Fürstenbund á los Estados renanos á fin de substraerlos á la influencia francesa y se envaneció mucho de su victoria en los Países Bajos: «Unos cuantos regimientos nuestros, decía uno de sus enviados al gran visir, han bastado para intimidar á los franceses y hacer entrar en razón á Holanda.» Inglaterra había reconquistado en Europa su si-

tuación anterior á la guerra de América. Aliada de Holanda, tan poco deseosa como ésta de que el Escalda fuese libre, dueña de Hanóver, aliada de Prusia y segura, por ende, de una clientela en Alemania, unas veces tratando con consideraciones y otras con aspereza á Dinamarca y á Suecia, á punto de arrebatar á Francia su parte de tráfico en el mar Báltico, amenazando á España con su «colonia continental» del Portugal, contrapesando en el Mediterráneo la influencia francesa y disputando á Francia el comercio de Levante, Inglaterra hubiese querido tener buenas relaciones con la nación francesa que, por otra parte, era, desde el tratado de comercio de 1786, uno de sus principales mercados. Pero el gabinete de Versalles desconfiaba de la corte inglesa: «Esa corte nos envidia y nos odia, escribía Montmorín; si nos aproximamos á ella, querrá dominarnos.»

Rusia y Austria se habían aprovechado de los apuros de Francia para suscitar de nuevo la cuestión de Oriente. La zarina, al visitar en 1786, la Crimea, su reciente conquista, había pasado en Kherson, por debajo de arcos de triunfo que llevaban la siguiente inscripción: «Camino de Bizancio;» y de acuerdo con Austria, invitó á los turcos á que reconocieran la independencia de la Georgia y la autonomía de los moldo-valacos. Pero ni Inglaterra ni Prusia, aun estando como estaban mal con Francia protectora de los turcos, podían mostrarse indiferentes á estos acontecimientos. El rey de Prusia, bajo la influencia de Hertzberg, pretendía arreglar á su conveniencia la cuestión polaca y la cuestión turca, y proyectaba sublevar contra Rusia á los polacos y á los suecos, contra Austria á los belgas y á los húngaros, y contra una y otra á los turcos, después de lo cual interpondría como mediador induciendo al sultán á ceder á los austriacos la Moldavia y la Valaquia y á los rusos las costas del mar Negro hasta el Danubio, haría que los austriacos restituyesen á Polonia la Galicia y recibiría de Polonia, en recompensa de sus servicios, Thorn y Dantzic. Secundado por Inglaterra, comenzó por excitar á la guerra á los turcos, quienes, en 26 de julio de 1787, intimaron á los rusos la restitución de Crimea y el abandono del protectorado de Georgia y en 13 de agosto pusieron preso al embajador ruso.

Así empezó una nueva guerra entre Turquía y Rusia. José II se declaró obligado por los tratados á apoyar á los rusos, fracasó en una empresa contra Belgrado y declaró la guerra al sultán en febrero de 1788. Montmorín creyó no poder hacer otra cosa, y en efecto nada más podía hacer, que ordenar á Choiseul-Gouffier que recomendase á Constantinopla resignación, anticipándose al deseo que la zarina le hizo comunicar por Segur de que «una vez más interviniera cerca de la Puerta con sus exhortaciones.» A petición de Austria, llamó á los ingenieros, artilleros y marinos franceses que estaban al servicio de Turquía, al mismo tiempo que Luis XVI prohibía á la juventud noble que se uniera á las tropas del emperador. Francia quería permanecer neutral y ponderaba á todo el mundo los beneficios de la paz.

A fin «de descubrir la intención de las dos cortes imperiales (Rusia y Austria) por medio de respuestas que cada una de ellas le diese separadamente,» Montmorín hizo proponer á San Petersburgo un «acuerdo» y á Viena una alianza nueva ó una renovación de la de 1756.

En Viena no se pensó en la «destrucción del imperio otomano,» que el emperador José II declaraba «imposible» de «realizar;» por otra parte, José II temía una inteligencia entre Berlín y Versalles que habría paralizado sus movimientos y le habría obligado á conceder á Prusia una nueva porción de Polonia: «Ahora bien, escribía, una adquisición hecha en Polonia por el rey de Prusia, aunque fuese de una sola aldea, me sería más perjudicial que ventajosa pudiera serme la adquisición de toda una provincia.» Mercy explicaba á Montmorín que una inteligencia entre Rusia, Austria y Francia era fácil con la condición de que «si se establecía un acuerdo de conveniencias sobre el reparto de los despojos otomanos,» quedasen excluidos del mismo, en interés de Austria, el rey de Prusia, y en interés de Francia, Inglaterra. En cuanto á la zarina, á quien Montmorín había rogado «que se explicase con confianza sobre sus intenciones» y «pusiese con ello al rey en situación... de poder tomar una resolución ulterior con pleno conocimiento de causa,» su respuesta fué que estaba «del todo dispuesta á unirse íntimamente con el rey cristianísimo,» pero que aplazaba las explicaciones «que no podían tener lugar, á lo que parece, tal como estaban las cosas y antes de haber podido conferenciar acerca de ello con el emperador.»

En el entretanto, el embajador de Francia y los ministros rusos conversaban. Segur, muy agasajado por Catalina, que hacía representar en presencia suya la tragedia de Coriolano de que aquél era autor, sólo en descargo de su conciencia defendía á los turcos. En Francia formábase un partido rusófilo y Catalina II era popular, como había sido Federico II, entre los escritores y los filósofos que se imaginaban una Rusia de novela y luchaban por civilizarla. Además, hablábase de dar á Francia su parte: Egipto, Candía ó Chipre; y, finalmente, se hacía ver que una alianza de la corte de Versalles con las cortes imperiales impediría los malos designios de Francia contra Polonia.

Pero Montmorín prefería no entrar en ninguna combinación, y habiendo sido él quien hizo las primeras insinuaciones, no replicaba á las respuestas; de suerte que Kaunitz, impacientado por este proceder, preguntaba si en definitiva quería ó no quería.

Entretanto, la guerra continuaba sin gran actividad, pues las epidemias paralizaban á los rusos en Crimea y á los austriacos en el Danubio. Toda Europa estaba ocupada en negociaciones complicadas, y la zarina, que había intentado ponerse de acuerdo con Inglaterra, acabó por proponer una cuádruple alianza (Rusia, Austria, Francia y España), á fin de imponer la paz á los turcos y contrarrestar á la Triple Alianza (Inglaterra, Prusia y Austria). Montmorín aceptó la idea, que fué discutida en Versalles en 27 de enero de 1789; pero Francia tenía entonces otras cosas que hacer y en qué pensar, y habiendo Nécker hablado de la miseria financiera, el Consejo decidió «que no sería razonable, aun persistiendo en el proyecto de alianza con Rusia, precipitarla en aquellos momentos.» Como el emperador estaba cansado de la guerra, consintió en que Choiseul-Gouffier negociase secretamente un tratado entre Austria y Turquía sobre la base del *uti possidetis*. El único papel apropiado á los recursos de Francia, era el de mediadora.